

**Asclepios,
símbolo de la
Facultad de
Medicina**

MARIO SALAZAR MALLEN

HACE MILES de años, en las cuevas que habitaran todavía salvajes nuestros antepasados, y posteriormente, en los monumentos que quedan de las antiguas civilizaciones, la mano de artistas desconocidos dibujó la figura de médicos que como hechiceros, como sacerdotes o como dioses, velaban por la salud del pueblo, conociendo sus quejas y dando consuelo a los enfermos, para recibir en cambio piadosa veneración.

En Grecia, en las verdes llanuras de la Tesalia que rompe el monte Pelión, tuvo lugar hace más de dos mil quinientos años la consagración de los primeros altares dedicados a Asclepios, personaje de estirpe divina, hijo de Apolo y de la ninfa Coronis y a quien el buen centauro Quirón inició en los secretos de la Medicina.

Las extraordinarias curaciones realizadas por el dios hicieron que su culto se extendiera con rapidez: en menos de dos siglos se erigieron los asclepiones de Atenas, Pérgamo, Efeso, Cos y en el siglo tercero antes de Cristo, el de Roma, en cuya isla Tiberina aún puede contemplarse el sitio que la serpiente sagrada de Epidaurus escogió para que se edificara su altar.

La lucha del hombre contra el sufrimiento, el dolor y la muerte y su ansia de felicidad son ahora, como lo fueran antaño, fuerzas que levantan templos; sagrada es para nosotros ésta tierra en donde nuestra juventud alimenta el espíritu, y templos de la Humanidad son los que rodearán a Asclepios en esta su nueva morada; el dios verá moverse a su alrededor los blancos vestidos de nuestros estudiantes de Medicina, y nuestras aulas, laboratorios y bibliotecas mantendrán encendido el hogar de su culto.

* Discurso leído en la Facultad de Medicina, C. U., con la asistencia del C. Presidente de la República con motivo del descubrimiento de la estatua de Asclepios.

Conozcamos lo que se sabe de la estatua como obra de arte: con la imaginación podemos transportarnos al siglo segundo de nuestra era. El Imperio Romano ha llevado sus águilas hasta su máxima extensión: Grecia, dominada, es provincia imperial, aunque el helenismo ha transformado a los rudos cónsules y a los emperadores en filósofos y en poetas. Adriano, sabio administrador y amante de las artes, conoce en una de sus estancias en Acaya los misterios de los asclepiones y hace transportar a su villa en Tívoli, con otros objetos preciosos, la escultura que ahora nos pertenece.

Durante dos o tres siglos Asclepios, bello y digno, acepta en uno de los más hermosos paisajes del valle del Tíber, la visita de los senadores y de los caballeros romanos, hasta que el acceso de un emperador bárbaro, Constantino, apaga el hogar de su culto.

La violencia gótica y la oscuridad medioeval lo mantienen escondido durante siglos, hasta que al fin, cuando vuelven a florecer en el mundo el amor a la belleza y la sabiduría humanas se le descubre y, viajero otra vez, es transportado a Inglaterra, para adornar a fines del siglo dieciocho, el valle boscoso perteneciente a la residencia de la familia Arundel, propiedad del señor Hope.

Cuando los propietarios ingleses decidieron en el presente siglo deshacerse de su colección de obras de arte, la estatua de Asclepios fué adquirida por el señor Guido Zerilli, director del Centro de Acción Latina, quien con el Gobierno de Italia, generosamente quiso entregarla a la custodia de nuestra Universidad.

Vista de cerca, la estatua constituye una bella realización de lo que es símbolo: su cabello, rizado y tan abundante que cae a los lados y sobre la frente, indica vigor, vitalidad; la mirada es penetrante y profunda y se dirige a la lejanía, en actitud de meditación; la barba, en fin, poblada y en orden, sirve de rúbrica al conjunto del rostro, que tiene una expresión de gran nobleza, serenidad, reflexión y humana simpatía.

Los atributos son los que nos describió Pausanias: las sandalias del caminante que enseñan el origen, también humano, del dios; el bastón del viajero, cuya savia ha sido la sangre que en la naturaleza dá vida a las plantas, a sus flores y a sus frutos, y cuya dureza ha de servir de seguro apoyo en el sendero difícil del arte de la Medicina, y, por último, la serpiente, sabio y sagrado animal que por conocer los secretos de la profundidad de la tierra, es capaz de rejuvenecer, abandonando periódicamente su perecedera envoltura.

Durante más de ocho siglos el personaje que hemos de admirar recibió en el mundo antiguo, la veneración de las gentes del pueblo, de los patricios, de Alejandro y de los emperadores romanos. En los templos de salud que le estaban dedicados, los pacientes, tras de cumplir con agradables ritos entre los cuales se comprendían purificaciones mediante el descanso, baños, ejercicios al aire libre y espectáculos, eran al fin introducidos al portal del sueño o abatón en donde, bajo la influencia de un sueño semihipnótico, conocían al dios, que en su visita, muchas veces acompañada de perros y de serpientes impartía sus consejos. O bien, y al día siguiente de la "incubación" los sacerdotes o asclepiades se encargaban de darlos, y a veces mediante remedios sencillos, y siempre bajo la influencia de la sugestión, tenían lugar las curaciones que hacían que los devotos abandonaran agradecidos el templo, no sin hacerlo antes colmado de bendiciones y de donativos. Pero ésta "Medicina de los Templos" no fué la única que conocieron los griegos, ni constituye ciertamente el más importante legado que en el arte de curar dejaron a la humanidad.

Algunas decenas de años antes de que iniciara su afortunada carrera el mito del hijo de Apolo, en las costas del Asia Menor, en Mileto, los sofistas interrogaban a la Naturaleza para arrancarle sus secretos, sin poner de por medio a los dioses: Thales conocían el calendario y predecía la fecha en que habían de llegar los eclipses, calculaba despreciando las fórmulas mágicas la distancia de los barcos a la costa, y, sin invocar ídolos, producía en sus tierras, ópimas cosechas de aceituna; mientras que sus discípulos, seculares siempre, habrían de ocuparse en hacer los planos del Mundo e intentar demostrar la naturaleza esférica de los astros, derribando de su divino trono a Helios, para describir en lugar suyo a la bola de fuego que es nuestro sol.

Las opiniones de éstos sofistas no chocaban, ya que la democracia instalada en Atenas por Solón y reforzada por Clístenes producía bienestar y riqueza para todos y la inteligencia, como medio, y el ideal de lo bueno y de lo bello como fines, alumbraban en esta época la ruta de la humanidad.

Bajo éste cielo sin olimpo nació en el año 460 antes de Cristo, Hipócrates. Hijo de la isla de Cos pertenecía, culturalmente, al mundo jónico, y por el modo de expresarse en sus escritos, al ático. Por conveniencia puede llamársele descendiente de Asclepios, ya que él mismo usaba el apellido de asclepiades, pero no se trató ciertamente de un sacerdote, ya que sabemos que viajaba como demiurgo y periodeuta a través de diferentes ciu-

dades griegas y que, en su tiempo, no había todavía en Cos templo dedicado al dios de la Medicina.

Hipócrates arranca, como lo hiciera con el fuego el Prometeo de su casi contemporáneo Esquilo, las flechas que producen las enfermedades, de las manos de los dioses. No existen, dice el padre de la medicina moderna, enfermedades particularmente sagradas, todas tienen causas naturales y es debido a la ignorancia que las llamamos divinas o, dicho de otro modo, es la falta de conocimientos la que hace que los médicos invoquen a la divinidad cuando quieren explicar lo que es la enfermedad.

A partir de Hipócrates la Medicina Natural florece en el mundo democrático, sus principios fundamentales quedan sentados con validez para todos los tiempos y los pacientes acuden en las ciudades a los "iatreiones", servidos por médicos a quienes más preocupa entender y conocer lo que pasa a sus enfermos, que las purificaciones y las oraciones.

Y sin embargo, La Medicina Hipocrática, nuestra medicina, superior por su contenido a la de los templos de Asclepios decae pronto; en el siglo de Pericles y poco después de la muerte de éste vemos instalarse en Atenas, sede de la inteligencia helénica, al primer asclepión, y en la misma época el artista Fidias y Anaxágoras, el directo descendiente de Thales, son perseguidos por las autoridades atenienses, mientras que Eurípides, solitario, muere en el destierro.

El dominio de lo irracional renace, despertado por los enemigos del progreso y ominosamente su furia toca, primero a los patriotas y a los hombres de estudio, y, después, a las instituciones democráticas mismas. Muy significativa lección histórica es la derrota política de Pericles, campeón de la democracia en favor de los ciudadanos atenienses, pero opresor de los aliados de ultramar, y la pronta sustitución de su gobierno por la odiosa dictadura de los treinta, que empapados en las ideas aristocráticas y paternalistas de Platón, apresan y destruyen sin que medie juicio, a los ciudadanos atenienses, dejando el poder en manos de los fanáticos, personificados por los admiradores de la poderosa Esparta y después, por Filipo y por Alejandro de Macedonia.

Los siglos han transcurrido, la vergonzosa conducta de los magistrados atenienses en Melos, Adriano y Constantino, no son más que sombras en el vasto panorama de la historia; pero la fé del hombre en su terrenal destino, el anhelo de salud y de libertad de la humanidad y el genio de nuestra especie, se han abierto paso con pocos tropiezos, que solo subrayan las debilidades inherentes a nuestra terrestre naturaleza.

En nuestra época y bajo el resplandor de una nueva Edad de Oro que se inicia, comenzamos a disfrutar con plenitud de los dones del universo. El dominio del mundo de lo microscópico y de las distancias cósmicas, el encadenamiento de las fuerzas químicas y el manejo inteligente de las del átomo constituyen en su significado trascendente, la justificación de la filosofía jónica de Thales, de Heráclito y de Anaximandro, y en este clima de la medicina fructifica con renovado vigor, multiplicando y ensanchando sus templos que, como los hipocráticos, tienen por solo impulso a la inteligencia y como supremo objeto el bienestar humano.

Asclepios no es ni será más dios de nuestra Medicina, como tampoco podrán existir con permanencia las condiciones sociales y políticas que impidieron, cuando alboreaban en el mundo occidental la antorcha de la razón y el hipocratismo, el florecimiento pleno de la filosofía natural; pero para vencer en definitiva a las fuerzas irracionales cuyo propósito es hacer a la ciencia esclava del fanatismo, será necesario que continuemos luchando sin tregua por la paz y por el bienestar de todos los hombres y, en nuestra Patria, por el efectivo desarrollo de las instituciones democráticas.

Podemos mirar al cielo y contemplando la estrella en donde Zeus colocó a Asclepios en el Escorpión vibrar emocionados, pero ello no dejará que olvidemos que en la tierra son mejor guía que los signos celestes las palabras de Galeno: "La medicina perfecta es divina y fué descubierta por Asclepios; pero la medicina de los hombres pertenece a nosotros, los asclepiades, quienes tenemos el deber de transmitir los conocimientos del arte a nuestros sucesores.